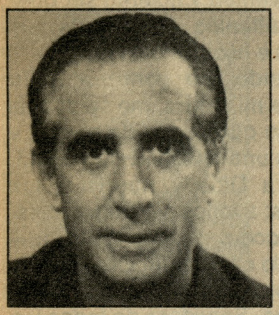
511-1



¿Es posible la reconciliación?

JOSE Mª GUERRERO, S.J.

¿Es posible y tiene sentido el perdonar? Esta pregunta acuciante en el Chile de los detenidos desaparecidos que lentamente van apareciendo en sepulturas clandestinas, es respondida por el autor, sacerdote jesuita, a través de un conmovedor testimonio de vida que invita al silencio admirado y al agradecimiento.

Hemos vivido horas de angustia y de dolor. Y la prueba no ha terminado. Escarbando nuestra tierra callada hemos escuchado los gritos de vida, de futuro y esperanza de los que ya no tienen voz. El país se ha restregado los ojos como si despertara de una horrible pesadilla. Macabros descubrimientos nos han herido los ojos y el corazón. Pisagua, Colina, Futrono son lugares que conoce hasta el chiquillo de la escuela. Esas heridas sangran todavía. Y, por otro lado, sentimos la necesidad urgente de un clima de verdad, de justicia y reconciliación.

¿Qué hacer en esta hora de prueba?

El puro olvido dejaría la herida sin cicatrizar, pero la venganza jamás ha solucionado ningún problema. Al contrario, los ha agravado. Entrar en una espiral de violencia sería un suicidio colectivo.

¿Qué hacer entonces? Hay que encontrar un camino que nos lleve a buscar la verdad, a valorar la justicia y a dar lugar a la reparación adecuada y al perdón.

¿Ni perdón ni olvido? ¿Borrón y cuenta nueva?

En las **Orientaciones Pastorales** de nuestros Obispos se dice y con razón que "reconciliarse no significa decir 'ni perdón ni olvido' ni tampoco 'borrón y cuenta nueva'. Ambas actitudes conducen inexorablemente a caminos sin salida. Por eso hay que recurrir a la **magnanimidad** que introduce en la convivencia una mirada diferente y las mejores capacidades humanas".

Me parece que el **gran desafío** que tiene planteado el país es enseñar a arrepentirse, pedir perdón reconociendo la culpa y, sobre todo, perdonar.

¡Qué difícil perdonar!

Sé por mi propia experiencia y la de otros muchos que es muy difícil perdonar.

Quizás la mejor manera de probarlo sea esta anécdota tan simpática como ilustrativa. El profesor de religión les había contado a los niños de 4º básico la parábola del hijo pródigo y les había pedido que le hicieran una síntesis por escrito.

Uno de ellos le entregó la siguiente: "Un hombre tenía dos hijos; el más joven no estaba muy a gusto en casa, y un día se escapó lejos, llevándose toda la plata. Pero llegó un momento en que se le acabó el dinero y entonces decidió regresar a casa porque se moría de hambre. Cuando estaba por llegar, lo vió su padre y lleno de alegría, agarró un buen palo y corrió a su encuentro. Por el camino encontró a su otro hijo (el mayor) que le preguntó donde iba tan de prisa y con aquel palo. '¡Está volviendo el desgraciado de tu hermano; después de lo que ha hecho, se merece una buena paliza!' '¿Quieres que te ayude papá?'. '¡Por supuesto!', respondió el padre. Y así, entre los dos lo molieron a palos. Al fin el padre llamó a un criado y le dijo que matara el novillo más gordo y que hicieran una gran fiesta porque finalmente se había dado el placer de castigar a aquel hijo que le había cometido semejante fechoría".

Uno podría decir "qué mente más fantasiosa y qué chiquillo más distraído". No, el profesor aseguró que era un chiquillo **atentísimo**. Era el clásico rechazo intelectual y la distorsión perceptiva: su mente de niño no podía aceptar el epílogo que propone el Evangelio. Era algo absurdo que aquel padre perdonara así, no era creíble aquel

hijo que se arrepiente. Tenía razón el hermano mayor para lamentarse.

Es necesario y posible perdonar

¡Qué difícil es perdonar y, sin embargo, es **necesario y posible**. Sí creo, como vuelven a decir los Obispos, que "es necesario manifestar con claridad que Dios es **la clave, el origen y la fuente de la reconciliación** porque la enemistad es fruto del pecado que no se puede vencer con las propias fuerzas".

Voy a contar algo muy personal que me he guardado cuidadosamente en el corazón para rumiarlo, gozarlo y agradecerlo. Recientemente lo conté en mi familia jesuítica, en esta hora de dolor que vive el país. Mis hermanos creyeron que podría contribuir algo a la pacificación de algunos y a abrir un derrotero de futuro y esperanza para otros, y me animaron a que lo escribiera. Confieso que me cuesta. Pero quizás lleven razón. ¿Tengo el derecho de callarlo?

Yo no conocí a mi padre

Yo casi no conocí a mi padre. España ardía por los cuatro costados. Una guerra fratricida y absurda desgarraba al país. A la distancia de medio siglo, le resulta a uno incomprensible tanto odio acumulado, tanta violencia irracional, tanta sangre de hermanos derramada.

Nosotros vivíamos en un pueblito insignificante de la provincia de Guadalajara. En este tiempo no pasaba de 350 habitantes. Y hasta allí, la noche del 26 de febrero de 1937, vinieron cuatro personas desconocidas a pedirle a mi padre que les vendiera algunas cabezas de ganado. (Todavía los estoy viendo con mis ojazos abiertos de cuatro años; mi hermana pequeña al pecho de mi madre).

Mi padre salió tranquilo. Nada malo había hecho, y, por tanto, nada tenía que temer. "Vuelvo enseguida", le dijo a mi madre. Pero aquella noche se paró el reloj. No amanecía nunca. Mi madre nerviosa, al ver que no volvía, se echó a la calle y empezó a preguntar y buscar. La acompañaron muchos hasta que al amanecer encontraron asesinado a mi padre. Aquella mujer se quedaba viuda a los 31 años y con cuatro hijos. Luchó como una leona para sacarnos adelante. Nunca una palabra de revanchismo y venganza. Era una mujer creyente, de una sola pieza. Hablaba poco y hacía mucho. Siempre cariñosa y cercana.

Pasaron casi dos años y, por fin, la policía logró capturar a aquellos cuatro asesinos que en un momento de embrutecimiento, a sangre fría, habían sido capaces de pegarle dos tiros en la nuca a un hombre de bien, esposo y padre como ellos.

No hagan ya más viudas

El juicio sumarísimo los condenó a muerte. Y mi madre se enteró. Ni corta ni perezosa, ella, una pueblerina que apenas sabía leer y las cuatro reglas aritméticas, se presentó al Capitán General de Madrid y le dijo:

"Yo soy la viuda de D. Casiano y sé que van a fusilar a los asesinos de mi marido. De rodillas les pido que no hagan ya más viudas. Llevo más de dos años con mi viudez a cuestas y le aseguro que es horrible ser viuda. Yo ya los he perdonado en mi corazón. Si ellos se arrepienten y quieren ser buenos, suéltenlos ¡Pobres de sus mujeres e hijos!

Cuando me contaron este gesto de mi madre, me sentí más orgulloso que nunca de ella. Fue siempre una cristiana de verdad. Sentía a Dios y quería a los hombres: a todos sin distinciones. Tenía poco pan para sus hijos y todavía lo compartía. Rezaba con la fe del carbonero y a Dios le agradaba. Servidora de todas las horas sin cansarse. Sufrió mucho porque amó mucho. Y 40 años después que asesinaron a mi padre, en 1977, se apagó como una velita que se consume. Era la fiesta del pueblo que estaba atestado de gente. Y yo mismo pude viajar desde lejos. (En mis 23 años de jesuita por estar destinado a trabajar en América latina, la había visto cuatro veces. Ella y yo habíamos aceptado felices aquella experiencia de lejanía **tan cercana**. Era parte de mi misión de jesuita y ella siempre me animó a vivirla a corazón pleno).

A hombros de los asesinos

El entierro fue una sencilla apoteosis. Jamás ella se lo hubiera soñado. El pueblo, por ser las fiestas patronales, parecía un hormiguero de gente. Todos acudieron a decirle "adiós" a esta mujer buena que murió como vivió: en la paz y la confianza del Señor.

El ataúd lo llevaron mi hermano, mi sobrino mayor y dos de los asesinos de mi padre que todavía vivían, con lágrimas en los ojos. Presidían el duelo mis hermanas y tres de las esposas de los que mataron a mi padre, que no vivieron en la viudez prematura gracias a la **magnanimidad** de mi madre. Sin el corazón grande de esa mujer, la reconciliación hubiera sido imposible. Gracias a ella varios pudieron vivir, rehacer su vida y amar todavía; ¡ellos que tanto habían odiado! Llevan razón los Obispos: hay que buscar la verdad, valorar la justicia pero, sobre todo, recurrir **a la magnanimidad.** ◘

"...Dios es la clave, el origen y la fuente de la reconciliación..."